

Inaprensible

Cuando era joven, ya ni siquiera puedo hacer la gracia de escribir aquello de muy joven, confiaba el deambular de mi mundo a los designios de la filosofía. Luego, conocí a algunos filósofos que despertaron mi más absoluta desconfianza y me volví cínico, pero si queremos seguir su sentido etimológico, que al final no es sino una postura para andar por la casa que a cada uno le determinan sus circunstancias. La cosa es que, en lugar de permitirme el disfrute sin más de esa grata sensación que genera el paseo junto a una chica, sobre todo porque ni me sabía acercar a ellas ni se me acercaban, yo tenía que definir con antelación qué significaba el amor y cuáles eran sus condiciones. Claro, yo tenía una edad que determinaba desde mi disponibilidad monetaria hasta la hora y estado de regreso a la casa paterna, un hogar de cena compuesta por sopa, plato y postre, todos reunidos en torno a la mesa. Bajo la intimidad del foco de mi lámpara de estudio sólo podía permitirme sentir la nostalgia de una existencia canalla, ajena a la mía, que descubrí entre las biografías de artistas y escritores de finales del XIX europeo. Una intensa actividad burdelaria quizás habría detenido mis búsquedas de lo absoluto. La acción es lo que tiene, se carga la filosofía. Escribimos los personajes que nos hubiera encantado encarnar. La literatura es una mentira que uno se cuenta a sí mismo con la esperanza de que también engañe a los otros y se sientan felices en medio de tal falacia. Yo admiraba a Wittgenstein, encerrado por tierras de Groenlandia, consigo mismo a la busca de los misterios de una selva lingüística que se intuía en su propio interior. Un refugio en mitad de los hielos que cubre un universo donde habita otro universo. Ahí transitaban mis anhelos vitales. No es extraño que las chicas ni me mirasen tal como yo paseaba mis inquietudes en forma de libro bajo el brazo y la mirada perdida en el flujo de algún razonamiento importante sólo para mí. La filosofía detiene la acción. Y en ese territorio íntimo mío de abulias y carillones descubrí el ensayo de Erich Fromm sobre el amor. Establecía condiciones necesarias y condiciones contingentes para definir ese estado en el que un sujeto se entrega al otro, no sólo en cuerpo sino también en horas. Una especie de escudero a la vez que asistente perpetuo como afirmación de su libertad en tanto que individuo. El amor como afán de servicio del que ya habían hablado las jarchas andalusíes, los trovadores provenzales y todos sus herederos estéticos e ideológicos, arrojados por el armazón que contra el paso del tiempo y la muerte articuló Petrarca.

Casi al mismo tiempo, por lo que pudiera parecer puro determinismo, mi profesor de francés, D. José Carlos Gallego, nos pidió un ensayo-resumen sobre los *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes, en aquellos tiempos todavía sin traducción al castellano. El libro se sustenta en una deconstrucción, tan del gusto barthiano, sobre todo del *Werther* de Goethe y *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, aderezados por citas intermedias de otros muchos autores que oscilan, si la memoria no me falla, desde poetas chinos anteriores a Cristo, hasta renacentistas italianos o prerrománticos alemanes. En fin, un revuelto teórico que visto con el escepticismo de la edad sólo queda en eso, un vino más o menos gracioso, sin pretensiones, resultado de la mezcla de sobras de otras botellas. Sin embargo, me condujo no sólo a la lectura de aquellos originales deslavazados, junto con la contemplación, cuando pude, de la película de Visconti sobre el asunto veneciano, sino a una terrible concepción del amor que no sólo me aparecía como una necesidad de servir, sino además como un oficio trágico y doloroso. Me cago en el amor como cantó Tonino Carotone. Además, según mis consideraciones morales la sensación amorosa sólo podía ser bidireccional y posible más allá de la muerte, como nos enseñaron los maestros Garcilaso o Petrarca. Para colmo de premisas, nací en el centro de Andalucía, en Antequera, lo que me dispone hacia un ánimo oscuro en general ante la existencia, como de cante jondo empozado en el alma, como de poema andante de César Vallejo que poco tenía que ver aquí, como de escaparte decorado por García Lorca, con jinetes al fondo bajo la luna y mujeres huidas de Romero de Torres para caer en manos de un destino con filo de faca. Sí. Me cago en el amor. Sumemos puntos de partida, condicionantes y establezcamos su decurso lógico. Menos mal que la propia vida tuvo alguna piedad conmigo y se impuso a la filosofía bajo ese imperativo tan simple del *primum vivere*, al que yo añado, deinde asombrarse, con este verbo ya en español.

Por mucha fortuna y no poco exceso de buen tiempo, en frase de Emilio Prados, la vida impuso sus tacones de aguja sobre mis páginas y como aquellos goliardos, permití que la lección

nuestra de cada día se manifestase sobre cualquier dogma libresco. Así, ahora concibo la sensación amorosa (algún atisbo pedante me tenía que quedar) como una necesidad, como tal intransferible, aunque multidireccional y, desde luego, a priori, atemporal. Necesidad de estar junto al ser amado por más que ni nos considere objeto de su deseo. Multidireccional porque según la complejidad de cada quien, se verá complementado por las cualidades que descubra en una o en más personas. El poliamor es tan consustancial al humano como su ímpetu por saber. Atemporal, por efímera como esos elementos artificiales de la tabla periódica que aparecen en una mirada, en el beso clandestino de unos segundos ante la puerta de la discoteca que se borran hacia su nada, o por el contrario adquieren nuevas partículas que los convierten en compuestos de largo recorrido.

Al final, la vida borra mediante su baile de feromonas, de instintos y miedos cualquier abstracción de la teoría humana, precisamente por humana, porque somos un simio evolucionado para sorprender tal como una metáfora bien conseguida. Y aquí llega la línea en que ya puedo girar el discurso y la mirada hacia la exposición *Stories & Loves* de Blanca Montalvo quien me recuerda entre los recovecos de su obra aquellos versos míos, tan ingenuos entonces, sobre la experiencia amorosa:

*amor inaprensible que te escapas
por las alcantarillas
como el agua a su origen
para volver rebelde y sin aviso
un instante a mis labios.*

Perro más viejo, escribí otro poema sobre la sensación amorosa en el que ya no me atrevía a tanta pontificación excátedra:

*esconden estas sílabas
el miedo a la sentencia de las horas;
frágil humano busco
la calma que no surge de mis versos.*

Poema de amor, o casi.

José Luis González Vera